

de Lib...

La idea de recopilar los ensayos de este libro surgió en 1987, durante algunas conversaciones que tuve con Shirley Letwin. En ese momento, Allan Bloom y E. D. Hirsch eran el centro de los debates sobre educación en los Estados Unidos con sus entonces recientes publicaciones *The closing of the American mind* y *Cultural literacy*. Shirley Letwin me instó a que me pusiera en contacto con Michael Oakeshott y le pidiera autorización para recopilar sus ensayos sobre educación en un volumen que, creíamos, aportaría una voz original y complementaria a los debates sobre educación. Oakeshott accedió, y la Yale University Press, bajo la dirección del editor de Yale en Londres, Robert Baldock, decidió hacerse cargo del proyecto. La acogida de *La voz del aprendizaje liberal* fue gratificante. Se publicaron diversas críticas del libro y se lo usó en muchos cursos y seminarios sobre la filosofía de la educación o sobre la obra de Oakeshott en general. Ahora hace varios años que está agotado, pero con frecuencia me preguntan si va a volver a publicarse. Afortunadamente Liberty Fund decidió hacerse cargo de una nueva edición del libro, ya que la voz de Oakeshott sigue siendo fundamental para un debate apropiado sobre el estado actual y futuro del aprendizaje liberal.

La preocupación por el estado de la educación es inherente a la república estadounidense. Los debates sobre educación durante la década de 1980 fueron nuevas versiones de cuestiones de larga data, que persistieron a lo largo del siglo xx y que, al parecer, estaban destinadas a seguir incólumes durante el siglo xxi. Por ejemplo, en las décadas de 1930 y 1940, John Dewey y Robert Maynard

Hutchins solían sumarse a los debates sobre la educación estadounidense. En numerosas variaciones de aquellos debates, surgieron los siguientes temas: por un lado, está la crítica de las tradiciones heredadas en una época con aspiraciones progresistas fomentadas por los avances de la ciencia moderna y el triunfo de la democracia. Aquí se nos pide que consideremos la condición humana como un experimento infinito y fascinante en el que continuamente nos adaptamos de distintas maneras que nos harán cada vez más eficientes en los avances relacionados con nuestra salud, el bienestar, la igualdad social y la comunidad. La educación debe estar al servicio de la democracia y hacer que ésta sea progresiva. Los recursos del pasado deben evaluarse y utilizarse según su valor actual para resolver problemas sociales actuales. Nos interesa la historia en la medida en que sirva a nuestros propósitos. En cuanto esos recursos dejen de ser útiles, deben ser relegados a la periferia. El pasado debe estar al servicio del presente. Los objetivos de la humanidad son inmanentes y deben lograrse de manera visible en el mundo. Debemos adoptar una postura científica y experimental respecto de las relaciones sociales, y debemos esperar que las instituciones educativas fomenten y mejoren nuestra capacidad de hacer esas cosas. Los individuos deben pensar en la comunidad y, al mismo tiempo, ser críticos de las relaciones sociales existentes, para combinar la crítica y el compromiso, y así contribuir con sus comunidades.

Por otro lado, debemos procurar, mediante la búsqueda del conocimiento por lo que éste representa, las verdades perennes de la condición humana. Esta perspectiva refrenda el principio de que la educación debe estar al servicio de la democracia, aunque insiste en que necesitamos un significativo grado de desconexión del aquí y ahora de la vida cotidiana y, además, promueve el estudio de las grandes obras de la tradición occidental como la principal forma de lograr la sabiduría eterna. En esta perspectiva, las contingencias de nuestra existencia histórica sin duda se alteran continuamente, y sin duda debemos ocuparnos de los acuerdos que tenemos entre nosotros, pero los principios básicos de la comprensión no cambian. Las grandes exposiciones de esos principios, que se encuentran, por ejemplo, en Platón, Aristóteles y santo Tomás de

Aquino,  
contribu  
obras a  
bre la re

Amb  
la dem  
cado de  
tivos p  
compr  
en tod  
pel de  
impuls  
nidens  
conten  
de la c

Oak  
lado c  
tica, o  
él, se c  
señala  
que n  
toria  
a la p  
enter

neras  
blica  
entre  
al ser  
no es  
rica.

esta p  
una  
llas e

Pe  
y, al  
de C  
expl

Aquino, siempre son pertinentes y actuales. Las obras más nuevas contribuyen con lo que podemos saber, pero no reemplazan a las obras anteriores a la hora de ayudarnos a pensar en preguntas sobre la realización humana.

Ambas perspectivas, como era de esperarse, prometían lealtad a la democracia estadounidense, pero se diferenciaban en el significado del compromiso y en la pregunta sobre los requisitos educativos para lograr una sociedad democrática. En el primer caso, el compromiso significa que la democracia avance hacia la igualdad en todos los aspectos; en el segundo, significa que se adopte el papel de crítico amigable, para discernir en qué casos es apropiado el impulso igualitario y en cuáles no. En la práctica, muchos estadounidenses se encuentran entre estas dos posturas y no están del todo contentos con ninguna de las dos, ni están seguros de la resolución de la discusión.

Oakeshott rechazaba la idea de que podíamos elegir a la vez un lado o el otro de esta dicotomía entre la llamada perspectiva estática, o tradicionalista, y la perspectiva "dinámica", o progresista. Para él, se debe reconocer que cada una de estas perspectivas opuestas ha señalado algo que es real en el marco de nuestra experiencia, pero que ninguna perspectiva por sí sola iluminará de manera satisfactoria las circunstancias en las que nos encontramos. Con respecto a la política, Oakeshott se consideraba un escéptico. Con esto daba a entender que la política se caracteriza por debatirse entre esas maneras, atrapada entre dos polos del pensamiento. Nuestra vida pública se forja y ha sido forjada durante varios siglos por la tensión entre la fe en la mejora infinita y la convicción de que la política está al servicio de lo que las personas quieren hacer por ellas mismas, y no es un instrumento para guiar a las personas a la perfección teórica. Creía que el análisis filosófico de nuestra situación muestra que esta polaridad es lo que tomamos como natural, a pesar de que tiene una historia, y rara vez nos imaginamos luchando nuestras batallas en otros términos.

Por eso, Oakeshott fue criticado por ser un conservador elitista y, al mismo tiempo, un posmoderno y un relativista. El pensamiento de Oakeshott no puede limitarse a ninguna de esas posturas ni explicarse a través de ellas. Sin lugar a dudas, estaba comprome-

tido con la importancia de la gran tradición del pensamiento occidental y estudió las obras más importantes de esa tradición durante toda su vida. Basta con leer su ensayo "Un espacio de aprendizaje", que aparece en este libro, para observar su devoción por las tradiciones del aprendizaje humano. Al mismo tiempo, no sentía nostalgia por el pasado ni por ningún otro período particular del pasado. Creía que esforzarse para hacer una lista de libros que hay que leer y de destrezas que hay que adquirir no estaba bien, especialmente en el nivel de la educación universitaria. En algún punto de la incursión educativa, los estudiantes necesitan un intervalo en el que no sólo aprenden lecciones escolares o piensan en sus futuras carreras. Y en ese intervalo debe lograrse el florecimiento completo del aprendizaje liberal, la plenitud de la vida humana. Se trata de enseñarles a usar su imaginación, y los elementos específicos de esa educación deben estar al servicio de ese fin, que es un tipo de fin en sí mismo. Para Oakeshott, esa educación es una aventura para descubrir lo que hay por aprender y lo que uno entiende qué es, y a hacerlo por uno mismo. ¿Qué entiendo qué soy? ¿Y qué tiene sentido para mí de la variedad de ofrendas e invitaciones desplegadas frente a mí? Esta aventura tiene un final abierto. Uno no puede saber hacia dónde conduce. Es una búsqueda que podría, o no, llegar a ser una peregrinación. Para Oakeshott, tenía algo de quijotesco: su nobleza no radica en las victorias o las derrotas, prosaicas o espectaculares, sino en la manera en que uno se comporta tanto en la victoria como en la derrota y, en última instancia, en la capacidad de ver más allá y con mayor profundidad.

Oakeshott creía que el mundo moderno tenía logros genuinos por los que no debía disculparse, pero también creía que con frecuencia confundimos su naturaleza. Creía que los modernos se precian demasiado de su supuesto racionalismo, una manera de pensar que critica de manera excepcional en varios ensayos recopilados en *El racionalismo en la política*. Creía que construimos nuestras propias versiones de la Torre de Babel con demasiada frecuencia mientras que, olvidándonos de la antigua sabiduría, no logramos reconocer lo que estamos haciendo. A pesar de que no era propenso a usar ciertos términos como "verdades perennes", veía con claridad que existen determinadas formas en las que, como le gustaba de-

circulo, los seres humanos pueden interpretarse y malinterpretarse a sí mismos. Las personas instruidas aprenden a reconocer esto en todas las formas en las que se les presenta.

Según Oakeshott, podríamos considerar preocuparnos menos por el mundo de la adquisición y los gastos, ser menos propensos a medir nuestro bienestar en términos cuantitativos, y eso nos permitiría deleitarnos con los intersticios poéticos del mundo cotidiano. Esto significa buscar cuáles son las posibilidades disponibles para nosotros en el presente, en lugar de pensar siempre que debemos comprometernos con lo que tal vez surja en el futuro. Abstraernos de las circunstancias presentes, una liberación que en el mejor de los casos es parcial, en pos de un futuro idílico, nos lleva a una insatisfacción y una ansiedad constantes, y a creer que todos los logros del presente tienen poco valor en comparación con una hipotética perfección que nosotros mismos nos hemos obligado a buscar siempre. Por supuesto que el cambio es inevitable. No necesitamos comprometernos con el cambio en sí para experimentar el cambio. Somos seres mortales, temporales, y el cambio es ineluctable. La persistencia no es nuestro destino terrenal, aun cuando la deseamos. De cualquier manera, suscribir la idea del cambio como intrínsecamente bueno (y no pensarlo simplemente como una necesidad) y asociar esa idea a esfuerzos para lograr un cambio con la esperanza de algún día lograr lo que queremos es una receta para oscilar entre expectativas utópicas y la desilusión.

Este punto de vista describe lo que Oakeshott pensaba sobre la educación. Para él, nosotros, los seres humanos, somos “en nosotros mismos lo que somos para nosotros”. Es decir, como también creía Aristóteles, debemos aprender a ser humanos; tenemos que criarnos en familias para adquirir una manera de ser humanos. No hay forma de ser humanos en general. Nuestra existencia debe ser concreta y real dentro de alguna comunidad humana que comparta una misma forma de vida. Pero lo que aprendemos de esta manera nos permite, eventualmente, reflexionar acerca de lo que aprendimos, considerarlo y decidir en qué lugar estamos respecto de ello. La experiencia comunitaria original es la condición necesaria para que surja el individuo que, al llegar a la madurez, es capaz de regularse a sí mismo y, por consiguiente, de relacionarse con

otros a través de las formas de asociación que elija. Podría decirse, como suele ocurrir, que toda la vida humana es una experiencia de aprendizaje. Pero también existen espacios reservados para aprender de una manera peculiarmente autoconsciente que significa llevar una vida humana, espacios donde se nos ofrece la oportunidad de estudiarlo por nuestra cuenta. En nuestra civilización se fundaron espacios de aprendizaje durante dos mil quinientos años. Éstos se presentan de manera desordenada, pero en el centro siempre se encuentra la atención explícita a llegar a ser completamente humanos, sin importar las tareas adventicias que se les puede encomendar o imponer. Sean cuales fueren los compromisos prácticos, profesionales o vocacionales que puedan adquirir, lo que los aparta de otros espacios, otras actividades y organismos, es el reconocimiento, ya sea explícito o implícito, de que no alcanzaremos la plenitud del espíritu humano ni la liberación del terreno de las necesidades si se nos niega la oportunidad de experimentar el aprendizaje por lo que es. La mayor parte del tiempo nos preocupamos por los aspectos prácticos de la vida, y por eso muchas personas concluyen que la vida práctica es fundamental y que todas las actividades que se desvían del interés en lo práctico son secundarias y carecen de originalidad.

Oakeshott rechazaba esta conclusión. Para ello, se basaba en parte en la antigua sabiduría de Aristóteles que establece que la plenitud de la vida debe alcanzarse en la vida de la mente a través del ocio. Para citar a Josef Pieper, el ocio es la base de la cultura. En la versión de Oakeshott de esta sabiduría, la filosofía, la poesía y las investigaciones históricas y científicas revelan que estas búsquedas no son menos importantes para la humanidad que la inevitable inmersión en lo cotidiano de la existencia. Estas actividades no son secundarias sino tan cercanas al corazón de la humanidad como las actividades políticas y sociales, que nos dominan y desvían nuestra atención. Una prueba de ello es la presencia permanente en nuestra civilización de espacios de aprendizaje que siempre se consideró que estaban alejados del aquí y ahora de la vida cotidiana, no porque quienes pasan tiempo en esos espacios se quedarán allí; de hecho, la mayoría no lo hace. Por el contrario, como creía Oakeshott, lo que se está reconociendo es la importancia del encuentro con

aquello que provee  
porcionar, así como  
flexionar, la capaci  
dinario, lo cual rep

aquello que provee lo que la necesidad de trabajo no puede proporcionar, así como también el valor de adquirir recursos para reflexionar, la capacidad de reconocer lo poético en medio de lo ordinario, lo cual representa la bendición de la vida.

**Timothy Fuller**  
Colorado Springs, 2000